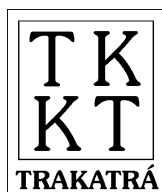


*Pequeñas  
Mentirosas*

**SARA SHEPARD**

Traducción de Juan José Llanos Collado



Libros publicados de Sara Shepard

# *Pequeñas Mentirosas*

1. Pequeñas mentirosas

Próximamente:

2. *Flawless*

Título original: *Pretty Little Liars*

Primera edición

© Sara Shepard, 2006

Ilustración de portada: © ABC Family

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-728-2 Depósito Legal: B-xxxxxxx

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Para JSW

Tres pueden guardar un secreto si dos están muertos.

—Benjamin Franklin.

## *Cómo empezó todo*

Imagínate que fue hace un par de años, durante el verano entre primero y segundo de secundaria. Estás morena porque has estado tomando el sol junto a una piscina rodeada de piedras, te has puesto el chándal Juicy nuevo (¿te acuerdas de cuando todo el mundo los llevaba?), y estás pensando en el chico que te gusta, el que asiste a esa otra escuela preparatoria cuyo nombre no mencionaremos y que dobla pantalones vaqueros en la tienda de Abercrombie que hay en el centro comercial. Estás tomando cereales de chocolate como a ti te gustan, empapados en leche desnatada, y ves la cara de una chica en uno de los lados de la caja de leche. «Desaparecida». Es guapa, probablemente más que tú, y tiene una expresión resuelta en los ojos. Piensas: *mmm, a lo mejor a ella también le gustan los cereales de chocolate*. Y seguro que también le parecería que el chico de Abercrombie estaba bueno. Te preguntas cómo es posible que desaparezca alguien que... bueno, que se parece tanto a ti. Pensabas que solo desaparecían las chicas que participaban en los concursos de belleza.

Pues piénsalo dos veces.

Aria Montgomery restregó la cara contra el césped de su mejor amiga, Alison DiLaurentis.

—Delicioso —musitó.

—¿Estás oliendo la hierba? —exclamó a sus espaldas Emily Fields mientras cerraba la portezuela de la furgoneta Volvo de su madre con un brazo largo y pecoso.

—Huele bien. —Aria se apartó el cabello teñido con mechas rosas y aspiró el aire tibio de media tarde—. A verano.

Emily se despidió de su madre y se subió los pantalones abolsados que le colgaban de las delgadas caderas. Emily tomaba parte en competiciones de natación desde la liga infantil y, aunque tenía muy buen aspecto en bañador, nunca se ponía nada ajustado ni remotamente coqueto, como el resto de las chicas de la clase de primero, porque sus padres insistían en que desarrollara el carácter de dentro afuera. (Aunque Emily estaba bastante segura de que la obligación de esconder el top con el eslogan «Las irlandesas lo hacen mejor» en el fondo del cajón de la ropa interior no fortalecía el carácter exactamente.)

—¡Chicas! —Alison atravesó el patio delantero haciendo piruetas. Se había recogido el pelo en una coleta desordenada y seguía llevando remangada la falda de hockey sobre hierba desde la fiesta de fin de curso que el equipo había celebrado aquella misma tarde. Alison era la única chica de primero que había ingresado en el equipo juvenil y volvía a casa con las chicas mayores del instituto Rosewood Day, que escuchaban a Jay-Z a todo volumen en sus Cherokee y antes de dejarla la rociaban con perfume para que no oliese a los cigarrillos que todas habían estado fumando.

—¿Qué es lo que me estoy perdiendo? —preguntó Spencer Hastings, que se estaba colando a través de una abertura del seto en el jardín de Ali para unirse a las demás. Spencer vivía en la casa de al lado. Se echó sobre el hombro una larga y lustrosa coleta de cabello rubio oscuro y bebió un trago de una botella morada de plástico. Al contrario que Ali, Spencer no había pasado el corte del equipo juvenil en otoño y había tenido que jugar en el equipo de primero. Se había pasado todo el año jugando al hockey sobre hierba sin parar para perfeccionar su

técnica y las chicas sabían que había estado practicando regates en el patio de atrás antes de que llegaran. Spencer odiaba que alguien la superase en algo. Sobre todo Alison.

—¡Esperadme!

Se volvieron para ver a Hanna Marin bajar del Mercedes de su madre. Se tropezó con el bolso y les hizo aspavientos frenéticos con sus rollizos brazos. Desde que sus padres se divorciaron el año anterior, Hanna había estado ganando peso sin parar y la ropa se le estaba quedando pequeña. Aunque la cara de asco de Ali no pudiera evitar resaltar tal evidencia, las demás fingían que no se daban cuenta de ello. Eso es lo que hacen las mejores amigas.

Alison, Aria, Spencer, Emily y Hanna eran amigas hacía un año, desde que sus padres las habían inscrito como voluntarias en la subasta benéfica de Rosewood Day, los sábados por la tarde; bueno, todas menos Spencer, que se había apuntado ella sola. Aunque Alison no conocía a las otras cuatro, ellas sí que la conocían. Era perfecta. Guapa, graciosa y lista. Y popular. Los chicos querían besarla y las chicas querían ser como ella, aunque fueran mayores. Así que la primera vez que se rió de uno de los chistes de Aria, le preguntó algo sobre la natación a Emily, le dijo a Hanna que llevaba una camisa preciosa o comentó que la caligrafía de Spencer era mucho mejor que la suya no pudieron evitar sentirse, bueno... deslumbradas. Antes de Ali se habían sentido como esos vaqueros plisados de cintura alta que se ponen las madres: incómodas y llamativas en el mal sentido de la palabra; pero Ali había hecho que se sintieran como los Stella McCartney más perfectos que nadie pudiera permitirse.

Ahora, después de más de un año, el último día de primero, no solo eran las mejores amigas del mundo sino que eran «Las chicas de Rosewood Day». Habían pasado muchas cosas para que así fuera. Todas las fiestas de pijama que habían celebrado y todas las excursiones que habían hecho habían sido una nueva aventura. Hasta las clases eran memorables cuando estaban juntas. (La lectura por megafonía de una apasionada nota que el capitán del equipo juvenil había escrito a la profesora de matemáticas se

había convertido en una leyenda en Rosewood.) Pero también había cosas que todas querían olvidar. Y había un secreto del que no podían ni hablar. Ali afirmaba que los secretos habían formado un vínculo de amistad eterna entre las cinco. Si eso era cierto, serían amigas toda la vida.

—Cómo me alegro de que se acabe el día —gimió Alison antes de empujar suavemente a Spencer a través de la abertura del seto—. Al granero.

—Cómo me alegro de que se acabe primero —replicó Aria mientras Emily, Hanna y ella las seguían hasta el granero reformado y convertido en casa de invitados en el que Melissa, la hermana mayor de Spencer, había vivido durante tercero y cuarto de instituto. Por suerte, acababa de graduarse y pensaba pasar el verano en Praga, de manera que aquella noche estaba a su entera disposición.

De repente oyeron una voz chillona.

—¡Alison! ¡Eh, Alison! ¡Eh, Spencer!

Alison se volvió hacia la calle.

—No la llevo —susurró.

—No la llevo —añadieron rápidamente Spencer, Emily y Aria. Hanna frunció el ceño.

—Mierda.

Se trataba de un juego que Ali le había copiado a su hermano Jason, que iba a cuarto en Rosewood Day. Jason y sus amigos jugaban a eso en las fiestas entre escuelas preparatorias mientras daban un repaso a las chicas. El último que decía «No la llevo» tenía que entretener a la fea toda la noche mientras sus amigos ligaban con las guapas; lo que significaba, en esencia, que era tan patético y poco atractivo como ella. En la versión de Ali las chicas exclamaban «no la llevo» cuando andaba cerca alguien feo, insulso y desgraciado.

En esta ocasión «no la llevo» se refería a Mona Vanderwaal, una empollona que vivía en la misma calle y cuyo pasatiempo favorito era intentar hacerse amiga de Spencer y Alison, con sus dos amigas frikis, Chassey Bledsoe y Phi Templeton. Chassey era la que había pirateado

el sistema informático del instituto y después le había explicado al director cómo hacer que fuera más seguro y Phi Templeton iba a todas partes con un yoyó; eso lo decía todo. Las tres las estaban mirando fijamente desde el medio de la tranquila calle suburbana. Mona estaba posada en un patinete Razor, Chassey iba en una bicicleta de montaña negra y Phi a pie... con el yoyó, por supuesto.

—¿Queréis venir a ver *Fear Factor*?

—Lo sentimos —sonrió afectadamente Alison—. Estamos un poco ocupadas.

Chassey frunció el ceño.

—¿No queréis ver cómo se comen bichos?

—¡Qué asco! —murmuró Spencer, dirigiéndose a Aria, que fingió arrancarle piojos invisibles del cuero cabelludo a Hanna y comérselos como si fuera un mono.

—Sí, ojalá pudiéramos. —Alison ladeó la cabeza—. Pero hace mucho que hemos planeado esta fiesta de pijamas. Pero a lo mejor la próxima vez.

Mona miró la acera.

—Sí, de acuerdo.

—Hasta luego. —Alison se dio la vuelta, puso cara de fastidio y las demás la imitaron.

Salieron por la puerta trasera de la casa de Spencer. A la izquierda estaba el patio trasero adyacente de Ali, en el que sus padres estaban construyendo un merendero de veinte asientos para sus espléndidos picnics.

—Gracias a Dios que no están los obreros —comentó Ali, observando una excavadora amarilla.

Emily se puso rígida.

—¿Han vuelto a decirte cosas?

—Tranquila, Asesina —dijo Alison. Las demás se rieron entre dientes. A veces la llamaban «Asesina» como si fuera el pit bull personal de Ali. A Emily también le había hecho gracia al principio, pero últimamente no se reía con ellas.

El granero estaba justo enfrente. Era pequeño y confortable y tenía una amplia ventana que daba a la extensa y laberíntica



granja de Spencer, que tenía hasta un molino propio. En Rosewood, Pensilvania, una pequeña zona residencial a unos treinta kilómetros de Filadelfia, donde la mayoría de los vecinos vivían en haciendas de veinticinco habitaciones con una piscina con mosaicos y un *jacuzzi*, como la casa de Spencer, en lugar de McMansiones prefabricadas. Rosewood olía a lilas y hierba cortada en verano y a nieve limpia y fogones de madera en invierno. Estaba lleno de pinos altos y frondosos, hectáreas de rústicas granjas familiares y preciosos zorros y conejitos. Había tiendas fabulosas, fincas coloniales y parques en los que se celebraban fiestas de cumpleaños, de graduación y de «porque sí». Y los chicos de Rosewood eran guapísimos, sonrosados y lozanos como si hubieran salido de las páginas de un catálogo de Abercrombie. Se trataba del Main Line de Filadelfia.<sup>1</sup> Estaba repleto de linajes antiguos y nobles, dinero aún más antiguo y escándalos prácticamente históricos.

Cuando llegaron al granero, las chicas oyeron risitas dentro. Alguien chilló:

—¡He dicho que pares!

—Ay, Dios mío —gimió Spencer—. ¿Qué está haciendo aquí?

Cuando Spencer miró por la cerradura vio a Melissa, su hermana mayor, arrogante y recatada y que destacaba en todo, forcejeando en el sofá con Ian Thomas, su novio, que estaba buenísimo. Spencer le dio una patada a la puerta con el tacón del zapato y la abrió por la fuerza. El granero olía a musgo y palomitas de maíz un poco quemadas. Melissa se dio la vuelta.

—¿Qué coj...? —masculló. Entonces reparó en las demás y sonrió—. Ah, hola, chicas.

Las chicas se volvieron hacia Spencer. Como ella se lamentaba a todas horas de que su hermana era una víbora venenosa, siempre se quedaban desconcertadas cuando se mostraba afable y cariñosa.

Ian se levantó, se desperezó y sonrió a Spencer.

---

<sup>1</sup> N. del t.: Una próspera región a las afueras de Filadelfia. El término se refiere a la línea férrea del mismo nombre.

—Eh.

—Hola, Ian —contestó Spencer con un tono mucho más animado—. No sabía que estabas aquí.

—Sí que lo sabías —sonrió Ian con aire provocativo—. Nos estabas espiando.

Melissa se colocó la melena rubia y la cinta de seda negra mientras miraba fijamente a su hermana.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó, un tanto acusadoramente.

—Es que... No tenía intención de entrometerme... —farfulló Spencer—, pero se suponía que podíamos quedarnos aquí esta noche.

Ian le dio un golpe juguetón en el brazo.

—Solo te estaba vacilando —se burló.

Spencer enrojeció. Ian tenía el cabello rubio y desordenado, los ojos castaños y somnolientos y unos abdominales para comérselos.

—Vaya —intervino Ali a grandes voces. Todos volvieron la cabeza hacia ella—. Melissa, Ian y tú hacéis una pareja estupenda. No te lo había dicho nunca pero siempre lo he pensado. ¿No crees, Spencer?

Spencer pestañeó.

—Ah —musitó.

Melissa miró fijamente a Ali un instante, perpleja, y se volvió de nuevo hacia Ian.

—¿Podemos hablar fuera?

Ian apuró la Coronita ante la atenta mirada de las chicas, que solo bebían en absoluto secreto de las botellas de las licoreras de sus padres. Dejó la botella vacía y les dedicó una sonrisa de despedida mientras salía detrás de Melissa.

—*Adieu*, señoritas. —Les guiñó el ojo antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Alison se sacudió las manos.

—Otro problema resuelto por Ali D. ¿No vas a darme las gracias, Spencer?

Spencer no contestó. Estaba demasiado ocupada mirando por la ventana delantera del granero. Las luciérnagas habían empezado a iluminar el cielo amoratado.

Hanna se dirigió al cuenco de palomitas abandonado y cogió un buen puñado.

—Ian está buenísimo. Está más bueno que Sean. —Sean Ackard era uno de los chicos más guapos del curso y el objeto de las constantes fantasías de Hanna.

—¿Sabes lo que me han dicho? —le preguntó Ali al tiempo que se dejaba caer en el sofá—. Que a Sean le encantan las chicas con buen apetito.

A Hanna se le iluminó el rostro.

—¿De verdad?

—No —se burló Alison.

Hanna devolvió poco a poco el puñado de palomitas al cuenco.

—Bueno, chicas —prosiguió Ali—, se me ha ocurrido un plan perfecto.

—Espero que no sea correr en pelotas otra vez —se rió Emily entre dientes. Lo habían hecho hacía un mes, aunque hacía un frío que pelaba; Hanna se había negado a quitarse la camiseta interior y las bragas de entre semana, pero las demás habían corrido en cueros por un campo baldío de maíz cercano.

—Eso te gustó demasiado —murmuró Ali. La sonrisa se desvaneció de los labios de Emily—. Pero no; lo había dejado para el último día del curso. Me han enseñado a hipnotizar a la gente.

—¿Hipnotizar? —repitió Spencer.

—Me ha enseñado la hermana de Matt —contestó Ali, observando las fotografías enmarcadas de Melissa con Ian que había en la repisa de la chimenea. Matt, su novio de aquella semana, tenía el pelo del mismo color arena que Ian.

—¿Cómo se hace? —quiso saber Hanna.

—Lo siento, le juré que lo mantendría en secreto —dijo Ali, dándose la vuelta—. ¿Queréis comprobar si funciona?

Aria frunció el ceño y tomó asiento en el cojín morado del suelo.

—No sé...

—¿Por qué no? —Ali observó el cerdito de peluche que se asomaba desde el bolso de punto morado de Aria. Aria siempre llevaba cosas raras: animales de peluche, páginas que arrancaba al

azar de novelas antiguas y postales de lugares que no había visitado nunca.

—¿La hipnosis no te hace decir cosas que no quieres decir? —preguntó.

—¿Es que hay algo que no puedas contarnos? —replicó Ali—. ¿Y por qué sigues llevando ese cerdito a todas partes? —Lo señaló.

Aria se encogió de hombros y sacó el cerdito de peluche del bolso.

—Mi padre me compró a Cerdunia en Alemania. Ella me da consejos sobre mi vida amorosa. —Metió la mano en el muñeco.

—¡Le estás metiendo la mano por el culo! —chilló Ali. Emily se rió entre dientes—. Además, ¿por qué llevas algo que te ha dado tu padre?

—No tiene gracia —espetó Aria, volviéndose bruscamente hacia Emily.

Las chicas guardaron silencio unos instantes y se miraron inexpresivas. Aquello pasaba con frecuencia últimamente: una de ellas (normalmente Ali) decía algo y otra se molestaba, pero todas eran demasiado tímidas para preguntarles qué demonios estaba ocurriendo.

Spencer rompió el silencio.

—Que te hipnoticen, ah, parece bastante sospechoso.

—Tú no sabes nada de eso —se apresuró a contestar Alison—. Venga, puedo hacérselo a todas al mismo tiempo.

Spencer se tiró de la cinturilla de la falda. Emily resopló entre dientes. Aria y Hanna intercambiaron una mirada. A Ali siempre se le ocurrían cosas nuevas (el verano pasado habían fumado dientes de león para ver si alucinaban y en otoño habían ido a nadar al pantano Pecks, aunque en una ocasión hubiesen descubierto un cadáver dentro), pero lo que pasaba era que muchas veces no querían hacer las cosas a las que Alison las obligaba. La querían a muerte, pero a veces también la odiaban por ser tan mandona y ejercer tanta influencia sobre ellas. A veces en presencia de Ali no se sentían exactamente reales. Se sentían como si

fueran muñecas y ella orquestara sus movimientos. Descaban ser lo bastante fuertes para decirle que no, aunque solo fuera una vez.

—¡Por favooooor! —suplicó Ali—. Emily, tú quieres hacerlo, ¿no?

—Eh... —A Emily le tembló la voz—. Bueno...

—Yo lo haré —intervino Hanna.

—Yo también —añadió apresuradamente Emily.

Spencer y Aria asintieron de mala gana. Satisfecha, Alison apagó todas las luces con un chasquido y encendió las velas votivas que había en la mesita de café y desprendían un dulce aroma de vainilla. A continuación se echó hacia atrás y murmuró:

—Vale, que todo el mundo se relaje —entonó, y las chicas formaron un círculo en la alfombra—. Os está bajando el pulso. Pensad en cosas tranquilas. Voy a contar hacia atrás desde cien y en cuanto os toque a todas estaréis en mi poder.

—Qué miedo —se rió temblorosamente Emily.

Alison empezó.

—Cien... noventa y nueve... noventa y ocho...

Veintidós...

Once...

Cinco...

Cuatro...

Tres...

Le tocó la frente a Aria con la parte más carnosa del dedo pulgar. Spencer descruzó las piernas. Aria sintió un espasmo en el pie izquierdo.

—Dos... —Poco a poco tocó a Hanna y a Emily y acto seguido se dirigió hacia Spencer—. Uno.

Spencer abrió bruscamente los ojos antes de que Alison tuviera ocasión de tocarla. Se levantó de un brinco y fue corriendo a la ventana.

—¿Qué haces? —susurró Ali—. Estás estropeando el momento.

—Esto está demasiado oscuro. —Spencer alargó la mano y descorrió las cortinas.

—No. —Alison bajó los hombros—. Tiene que estar oscuro. Así es como funciona.

—Venga ya, eso es mentira. —La persiana se atascó; Spencer forcejeó para desbloquearla.

—No. Es verdad.

Spencer puso los brazos en jarras.

—Yo quiero más luz, y a lo mejor las demás también.

Alison se volvió hacia las demás, que todavía tenían los ojos cerrados.

Spencer no dio su brazo a torcer.

—No siempre tiene que ser como tú quieres, ¿sabes, Ali?

Alison estalló en una carcajada.

—¡He dicho que las vuelvas a cerrar!

Spencer puso cara de fastidio.

—Por Dios, tómame una pastilla.

—¿Crees que yo soy la que tiene que tomarse una pastilla? —la interpeló Alison.

Spencer y Alison se miraron fijamente unos instantes. Se trataba de una de esas peleas absurdas que quizá intentaban aclarar quién había visto primero el nuevo vestido de polo Lacoste en Neiman Marcus o si las mechas color miel eran demasiado atrevidas, pero en realidad se trataba de algo completamente distinto. Algo mucho más importante.

Finalmente Spencer señaló la puerta.

—Márchate.

—De acuerdo. —Alison salió a grandes pasos.

—¡Bien! —Pero Spencer la siguió al cabo de unos segundos. El azulado aire vespertino era apacible y no había luces encendidas en la casa familiar. Además reinaba el silencio, hasta los grillos se habían quedado mudos, y Spencer oía su propia respiración—. ¡Espera un momento! —gritó al cabo de un instante, dando un portazo a sus espaldas—. ¡Alison!

Pero Alison había desaparecido.

Aria abrió los ojos cuando oyó que se cerraba la puerta.

—¿Ali? —exclamó—. ¿Chicas? —No hubo respuesta.

Miró alrededor. Hanna y Emily estaban sentadas como peleles en la alfombra y la puerta estaba abierta. Aria salió al porche. No había nadie. Fue de puntillas hasta el límite de la parcela de Ali. El bosque se desplegaba ante ella y todo estaba en silencio.

—¿Ali? —susurró. Nada—. ¿Spencer?

Dentro, Hanna y Emily se restregaron los ojos.

—Acabo de tener un sueño rarísimo —dijo Emily—. Bueno, supongo que era un sueño. Ha sido rapidísimo. Alison se caía en un foso muy profundo en el que había unas plantas gigantes.

—¿Yo he soñado lo mismo! —exclamó Hanna.

—¿Ah, sí? —preguntó Emily.

Hanna asintió.

—Bueno, más o menos. Había una planta gigante. Y me parece que también he visto a Alison. Puede que fuera su sombra... pero seguro que era ella.

—Vaya —musitó Emily. Se miraron con los ojos como platos.

—¿Chicas? —Aria atravesó de nuevo la puerta. Estaba muy pálida.

—¿Estás bien? —preguntó Emily.

—¿Dónde está Alison? —Aria frunció el ceño—. ¿Y Spencer?

En ese preciso momento Spencer irrumpió de nuevo en el granero. Las chicas dieron un respingo.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Dónde está Ali? —dijo Hanna en voz baja.

—No lo sé —murmuró Spencer—. Creía que... no lo sé.

Las chicas guardaron silencio. Lo único que se oía eran las ramas de los árboles que se deslizaban por las ventanas. Parecía que alguien estaba arañando un plato con unas uñas largas.

—Me parece que quiero irme a casa —dijo Emily.

A la mañana siguiente aún no habían tenido noticias de Alison. Las chicas hablaron por teléfono, aunque en esta ocasión era una llamada a cuatro bandas en lugar de a cinco.

—¿Creéis que se ha enfadado con nosotras? —preguntó Hanna—. Estuvo rara toda la noche.

—Probablemente estará en casa de Katy —dijo Spencer. Katy era una de las amigas de hockey sobre hierba de Ali.

—O a lo mejor está con Tiffany, la del campamento —sugirió Aria.

—Seguro que se está divirtiendo en alguna parte —musitó Emily.

Una tras otra recibieron la llamada de la señora DiLaurentis, que les preguntó si sabían algo de Ali. Al principio todas la encubrieron. Era una regla no escrita: habían encubierto a Emily el fin de semana que había vuelto a casa después del toque de queda de las once de la noche; habían distorsionado los hechos cuando Spencer se había llevado prestada la trenca de Ralph Lauren de Melissa y la había dejado accidentalmente en el asiento de un vagón del SEPTA;<sup>2</sup> etcétera. Pero a medida que colgaban a la señora DiLaurentis un amargo presentimiento se intensificaba en su estómago. Algo andaba terriblemente mal.

Aquella misma tarde la señora DiLaurentis volvió a llamarlas, presa del pánico. Al caer la noche los DiLaurentis habían llamado a la policía y a la mañana siguiente había coches patrulla y furgonetas de los informativos acampadas en el jardín habitualmente prístino de los DiLaurentis. Era el sueño húmedo de los canales de noticias locales: una joven rica y hermosa perdida en uno de los pueblos de clase alta más seguros de todo el país.

Hanna llamó a Emily después de haber visto el primer reportaje nocturno sobre Ali.

—¿Te ha entrevistado la policía?

—Sí —susurró Emily.

—A mí también. No les habrás contado... —se interrumpió— lo de Jenna, ¿verdad?

—¡No! —resopló Emily—. ¿Por qué? ¿Crees que saben algo?

---

<sup>2</sup>N. del t.: Southeastern Pennsylvania Transportation Authority, servicio de transporte público de la región de Filadelfia.



—No... ¿Cómo iban a saberlo? —murmuró Hanna al cabo de un instante—. Somos las únicas que lo saben. Nosotras cuatro... y Alison.

La policía interrogó a las chicas, así como a prácticamente todos los habitantes de Rosewood, desde el profesor de educación física de Ali en segundo de primaria hasta el tipo que en una ocasión le había vendido una cajetilla de Marlboro en Wawa. Era el verano antes de segundo de secundaria y las chicas deberían estar flirteando con chicos mayores en fiestas en las piscinas, comiendo mazorcas de maíz en el patio trasero de sus amigas y pasando el día de compras en el centro comercial King James. En cambio, estaban llorando a solas en sus camas con doseles o contemplando inexpresivamente las paredes empapeladas con fotografías. Spencer limpiaba su habitación sin parar mientras repasaba el verdadero motivo de la discusión con Ali y pensaba en las cosas que sabía sobre ella y que las demás ignoraban. Hanna se pasaba horas en el suelo de su dormitorio, escondiendo bolsas vacías de Cheetos debajo del colchón. Emily estaba obsesionada con la carta que le había mandado a Ali antes de que esta desapareciera. ¿La habría recibido? Aria estaba sentada delante del escritorio con Cerdunia. Poco a poco las chicas empezaron a llamarse con menos frecuencia. Las atormentaban los mismos pensamientos, pero no les quedaba nada que decirse.

El verano dio paso al curso, que a su vez dio paso al verano siguiente. Ali todavía no había aparecido. La policía seguía buscándola, aunque de forma discreta. Se desvaneció el interés de los medios de comunicación, que se obsesionaron con un homicidio triple en Center City. Hasta los DiLaurentis se fueron de Rosewood casi dos años y medio después de la desaparición de Ali. En cuanto a Spencer, Aria, Emily y Hanna, también había cambiado algo en ellas. Ahora cuando atravesaban la vieja calle de Ali y echaban una ojeada a su casa no rompían a llorar de inmediato. Por el contrario, habían empezado a sentir otra cosa.

Alivio.

Claro, Alison era Alison. Era el hombre en el que llorabas y la única que habrías querido que llamase al chico que te gustaba para saber lo que sentía por ti, y tenía la última palabra sobre si los vaqueros nuevos te hacían el culo grande. Pero las chicas también la temían. Ali sabía más cosas que nadie sobre ellas, incluyendo las cosas malas que querían enterrar... como se hace con los cadáveres. Era horrible pensar que Ali podía estar muerta, pero... en ese caso, por lo menos sus secretos estaban a salvo.

Y lo estuvieron. Durante tres años, al menos.

*Naranjas, melocotones y limas, ¡ay, Dios mío!*

Alguien ha comprado al fin la antigua casa de los DiLaurentis —comentó la madre de Emily Fields. Era sábado por la tarde y la señora Fields se había sentado a mesa de la cocina con las gafas bifocales sobre la nariz para ocuparse tranquilamente de las facturas.

Emily sintió que la Coca-Cola de vainilla que estaba bebiendo le hacía burbujas en la nariz.

—Me parece que se ha instalado una chica de tu edad —prosiguió la señora Fields—. Pensaba llevarles esa cesta hoy. A lo mejor prefieres hacerlo tú. —Señaló la monstruosidad envuelta en celofán que había sobre la encimera.

—Dios mío, mamá, no —rezongó Emily. Desde que el año anterior dejara de enseñar en la escuela primaria, la madre de Emily se había convertido extraoficialmente en la presidenta del comité de bienvenida de Rosewood, Pensilvania. En una gran cesta de bienvenida hecha de mimbre metía un millón de artículos disparatados: fruta seca, esas cositas lisas de goma que se utilizan para abrir tarros, gallinas de cerámica (la madre de Emily estaba obsesionada con las gallinas), una guía de las posadas de Rosewood, lo que fuera. Era una madre de las afueras prototípica, a excepción del todoterreno. Creía que eran ostentosos y consumían mucha gasolina, de manera que conducía una furgoneta Volvo tremendamente práctica.

La señora Fields se levantó y le pasó la mano por el pelo, dañado por el cloro.

—¿Te importa mucho ir, cariño? A lo mejor debería mandar a Carolyn.

Emily miró a su hermana Carolyn, que era un año mayor que ella y estaba confortablemente apoltronada en una butaca reclinable del estudio viendo el programa del doctor Phil. Meneó la cabeza.

—No, está bien. Lo haré yo.

Claro, Emily se quejaba a veces y ponía cara de desesperación de vez en cuando. Pero lo cierto era que si su madre le pedía algo, Emily lo hacía. Sacaba casi todo sobresalientes, había ganado cuatro veces el campeonato del estado de mariposa y era una hija superobediente. Cumplir las reglas y obedecer le resultaba sencillo.

Además, en el fondo deseaba un motivo para volver a ver la casa de Alison. Aunque aparentemente el resto de Rosewood había empezado a sobreponerse a la desaparición de Ali, hacía tres años, dos meses y doce días, Emily aún no lo había conseguido. No podía ni hojear el anuario de primero sin que le entrasen ganas de hacerse un ovillo. A veces, los días de lluvia, releía los antiguos apuntes de Ali, que guardaba debajo de la cama en la caja de unas Adidas Superstar. Hasta conservaba en una percha de madera en el armario los pantalones de pana Citizens que Ali le había prestado, aunque se le habían quedado pequeños. Hacía años que se sentía sola en Rosewood; deseaba encontrar a otra amiga como ella, pero le parecía improbable. Ali no había sido una amiga perfecta, pero, a pesar de todos sus defectos, era realmente difícil sustituirla.

Emily se incorporó y cogió las llaves del Volvo del gancho que había junto al teléfono.

—Volveré dentro de un ratito —exclamó mientras cerraba la puerta de la calle al salir.

Lo primero que vio cuando se detuvo ante la vieja casa victoriana de Alison, en lo alto de una frondosa calle, fue una enorme pila de

basura en la acera y un gran rótulo que anunciaba: «¡Gratis!». Entrecerró los ojos y se percató de que algunas cosas eran de Ali: reconoció la vieja silla de pana rellena de su dormitorio. Los DiLaurentis se habían mudado hacía casi nueve meses. Al parecer habían dejado atrás algunas cosas.

Aparcó detrás de una gigantesca furgoneta de mudanzas Bekins y se bajó del Volvo.

—Vaya —musitó, procurando que no le temblase el labio inferior. Bajo la silla había varios montones de libros mugrientos. Emily alargó la mano y examinó los lomos. *El rojo emblema del valor. El príncipe y el mendigo*. Se acordaba de haberlos leído en primero en la clase de literatura del señor Pierce, en la que habían hablado del simbolismo, las metáforas y los desenlaces. Había más libros debajo, algunos parecían cuadernos viejos. Además de libros había dos cajas con sendas inscripciones: «Ropa de Alison» y «Papeles viejos de Alison». Una cinta azul y roja se asomaba de un cajón de embalaje. Era una medalla de natación de sexto de primaria que Emily había dejado en casa de Alison el día en el que idearon un juego llamado Diosas sexuales del Olimpo.

—¿La quieres?

Emily dio un respingo. Se hallaba frente a una chica alta y delgada con la piel morena y el pelo castaño oscuro, ensortijado e ingobernable que llevaba una camiseta de tirantes amarilla; uno de ellos se le había resbalado sobre el hombro descubriendo un tirante del sujetador. Era de color naranja y verde. Emily no estaba segura, pero creía que tenía el mismo en casa. Era de Victoria's Secret y tenía pequeñas naranjas, melocotones y limas por toda la, ejem, la parte de los pechos.

La medalla de natación se le cayó de la mano y tintineó contra el suelo.

—Ah, no —dijo mientras la recogía trabajosamente.

—Puedes llevarte lo que quieras. ¿No has visto el cartel?

—No, de verdad, no pasa nada.

La chica alargó la mano.

—Maya Saint Germain. Me acabo de mudar.

—Yo... —Se le atascaron las palabras en la garganta—. Soy Emily —farfulló al fin, aceptando la mano de Maya y estrechándosela. Le parecía muy formal estrecharle la mano a una chica; no estaba segura de haberlo hecho antes. Se sentía un poco confusa. A lo mejor no había tomado suficientes Cheerios con nueces y miel en el desayuno.

Maya señaló las cosas que había en el suelo.

—¿Te puedes creer que toda esta basura estaba en mi nueva habitación? He tenido que sacarlo todo yo misma. Menudo marrón.

—Sí, todo esto era de Alison —dijo Emily prácticamente en un susurro.

Maya se inclinó para examinar algunos libros de tapa blanda. Volvió a ponerse el tirante de la camiseta sobre el hombro.

—¿Es amiga tuya?

Emily se turbó. ¿Es? ¿Acaso Maya no se había enterado de la desaparición de Ali?

—Eh, lo era. Hace mucho tiempo. Igual que otras chicas de por aquí —explicó Emily, sin mencionar la parte relativa al secuestro, el asesinato o lo que fuera que le hubiese ocurrido que ella no podía ni imaginarse—. En primero de secundaria. Ahora voy a primero de bachillerato en Rosewood Day. —El curso empezaba la semana siguiente. Al igual que los entrenamientos de natación, lo que significaba tres horas haciendo largos todos los días. Emily no quería ni pensarlo.

—¡Yo también voy a ir a Rosewood! —sonrió Maya. Se desplomó sobre la vieja silla de pana de Alison y los muelles chirriaron—. Durante todo el vuelo mis padres solo han hablado de la suerte que tengo de que me hayan admitido en Rosewood y de lo distinto que será del instituto de California. Seguro que no tenéis comida mejicana, ¿eh? Me refiero a comida mejicana realmente buena, *calimexicana*. Nosotros teníamos en la cafetería y mmm, estaba buenísima. Voy a tener que acostumbrarme a Taco Bell. Sus *gorditas* me dan ganas de vomitar.

—Ah. —Emily sonrió. Sí que hablaba aquella chica—. Sí, la comida es una mierda.

Maya se levantó de la silla de un brinco.

—A lo mejor te parece raro porque acabamos de conocernos, pero ¿te importaría ayudarme a llevar el resto de estas cajas a mi habitación? —Le indicó algunas cajas de Crate & Barrell que descansaban al pie del camión.

A Emily se le pusieron los ojos como platos. ¿Entrar en la vieja habitación de Alison? Pero negarse habría sido una grosería, ¿verdad?

—Eh, claro —dijo temblorosamente.

El vestíbulo seguía oliendo a jabón Dove y mezcla de flores secas como cuando los DiLaurentis vivían allí. Emily se detuvo ante la puerta y esperó a que Maya le diera indicaciones, aunque sabía que podía encontrar la antigua habitación de Ali al final del pasillo de arriba con los ojos vendados. Había cajas de mudanza por todas partes y dos flacuchos galgos italianos que estaban ladrando al otro lado de la puerta de la cocina.

—No les hagas caso —dijo Maya, subiendo las escaleras hasta el dormitorio y empujando la puerta con la cadera recubierta de felpa.

*Vaya, no ha cambiado nada*, pensó Emily cuando entró en la habitación. Pero no era cierto: Maya había puesto la cama de matrimonio en otro rincón, tenía un enorme monitor de pantalla plana en el escritorio y había puesto pósteres por todas partes, ocultando el viejo empapelado de flores de Alison. Pero había algo que no había cambiado, como si la presencia de Alison siguiera flotando en aquella estancia. Emily sintió vértigo y se apoyó en la pared para sostenerse.

—Déjala donde quieras —dijo Maya. Emily se conminó a sobreponerse, dejó la caja al pie de la cama y observó el resto de la habitación.

—Me gustan tus pósteres —comentó. Eran sobre todo de grupos: M. I. A., Black Eyed Peas y Gwen Stefani ataviada con un uniforme de animadora—. Me encanta Gwen —añadió.

—Sí—asintió Maya—. Mi novio está completamente obsesionado con ella. Se llama Justin. Es de San Francisco, igual que yo.

—Ah. Yo también tengo novio —dijo Emily—. Se llama Ben.

—¿Ah, sí? —Maya se sentó en la cama—. ¿Cómo es?

Emily trató de conjurar a Ben, con el que salía desde hacía cuatro meses. Lo había visto hacía dos días; habían visto el devedé de *Doom* en su casa. La madre de Emily estaba en la habitación contigua, por supuesto, asomándose de improviso para preguntarles si necesitaban algo. Habían sido buenos amigos durante algún tiempo y estaban en el mismo equipo de natación durante todo el curso. Sus compañeros les habían dicho que debían salir juntos, de modo que lo habían hecho.

—Es guay.

—¿Por qué ya no eres amiga de la chica que vivía aquí? —preguntó Maya.

Emily se apartó el cabello de color caoba detrás de las orejas. *Vaya*. De manera que era cierto que Maya ignoraba lo de Alison. Pero si se ponía a hablar de ella podía echarse a llorar, lo que sería embarazoso. Apenas conocía a Maya.

—Me distancié de todas mis amigas de primero. Supongo que todas cambiamos mucho.

Eso sí que era un eufemismo. Entre sus mejores amigas, Spencer se había convertido en una versión más exagerada e hiperperfecta de sí misma, la familia de Aria se había mudado repentinamente a Islandia el otoño siguiente a la desaparición de Ali y la empollona pero tierna Hanna ya no tenía nada de empollona ni de tierna y se había convertido en una auténtica pécora. Hanna y Mona Vanderwaal, que ahora era su mejor amiga, habían sufrido una auténtica transformación en el transcurso del verano entre segundo y tercero. La madre de Emily había visto recientemente a Hanna entrando en Wawa, el supermercado del pueblo, y le había confiado que Hanna parecía «más guarra que esa Paris Hilton». Emily jamás había oído la palabra «guarra» en boca de su madre.

—Yo también sé lo que es distanciarse —comentó Maya, que dio un bote al sentarse en la cama—. Por ejemplo, de mi novio. Tiene miedo de que lo deje ahora que estamos en costas diferentes. Es un niño grande.



—Mi novio y yo estamos en el mismo equipo de natación, así que nos vemos todo el tiempo —contestó Emily, buscando un hueco para sentarse con ella. *A lo mejor demasiado tiempo*, pensó.

—¿Tú nadas? —preguntó Maya. La miró de arriba abajo, haciendo que se sintiera un poco incómoda—. Seguro que eres buenísima. Tienes hombros de nadadora.

—Ah, no sé. —Emily enrojeció y se apoyó en el escritorio de madera blanca.

—¡Que sí! —Maya sonrió—. Pero... si eres una gran atleta, ¿me matarás si fumo un poco de hierba?

—¿Qué, ahora mismo? —A Emily se le pusieron los ojos como platos—. ¿Y tus padres?

—Están en el supermercado. Y mi hermano está por aquí en alguna parte, pero le da igual. —Maya sacó una caja de Altoids de debajo del colchón. Abrió la ventana que estaba junto a la cama, sacó un porro y lo encendió. El humo se enroscó en el patio formando una nube de bruma alrededor de una gruesa rama de roble.

Maya volvió a meter el porro.

—¿Quieres una calada?

Emily jamás había probado la hierba; siempre había pensado que sus padres se enterarían de algún modo, que le olerían el pelo, la obligarían a hacer pis en un vaso o algo por el estilo. Pero cuando Maya se quitó con elegancia el porro de los labios con brillo de cereza le pareció sexi. Ella también quería estar así de sexi.

—Eh, vale. —Se acercó a Maya y aceptó el porro que le ofrecía. Sus manos se tocaron y sus ojos se encontraron. Los de Maya eran verdes y un poco amarillos, como los de un gato. A Emily le tembló la mano. Estaba nerviosa, pero se llevó el porro a la boca y aspiró una caladita, como si estuviera sorbiendo Coca-Cola con vainilla con una pajita.

Pero no sabía a Coca-Cola con vainilla. Era como si acabase de inhalar una vaharada de un tarro lleno de especias podridas. Prorrumpió en toses de anciano.

—Vaya —comentó Maya mientras recuperaba el porro—. ¿Es la primera vez?

Emily no podía respirar y se limitó a menear la cabeza, jadeando. Siguió resollando un rato, intentando que le entrase aire en el pecho. Al fin sintió que le llegaba de nuevo a los pulmones. Cuando Maya volvió el brazo, Emily advirtió una cicatriz alargada y blanca que le surcaba toda la muñeca. *Vaya*. Se parecía un poco a una serpiente albina sobre la piel bronceada. Dios, probablemente ya estaba colocada.

De repente resonó un estruendo metálico. Emily dio un respingo. Entonces volvió a oírlo.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz ronca.

Maya dio otra calada y meneó la cabeza.

—Los obreros. Llevamos aquí un día y mis padres ya han empezado a hacer reformas. —Sonrió—. Has flipado como si pensaras que venía la policía. ¿Te han arrestado alguna vez?

—¡No! —Emily se echó a reír; era una idea ridícula.

Maya sonrió y exhaló.

—Tengo que irme —dijo Emily con voz ronca.

Maya puso una cara larga.

—¿Por qué?

Emily se levantó poco a poco de la cama.

—Le dije a mi madre que solo tardaría un momento. Pero nos vemos en el instituto el martes.

—Qué guay —dijo Maya—. A lo mejor me lo puedes enseñar. Emily sonrió.

—Claro.

Maya sonrió y se despidió haciendo un ademán con tres dedos.

—¿Sabrás encontrar la salida?

—Creo que sí. —Emily contempló de nuevo la habitación de Ali, ejem, de Maya, y bajó ruidosamente aquellas escaleras que le resultaban tan familiares.

Hasta que sacudió la cabeza al aire libre, pasó ante las antiguas posesiones de Alison amontonadas en la acera y volvió a subirse al coche de sus padres no vio la cesta del comité de bienvenida en

el asiento de atrás. *A la mierda*, se dijo, embutiéndola entre la vieja silla de Alison y las cajas de libros. *De todas formas, ¿quién necesita una guía de las posadas de Rosewood? Maya ya vive aquí.*  
Y de repente Emily se alegró de que así fuera.